

EL PROBLEMA DEL MAL Y LA EXISTENCIA DEL DEMONIO (II)

La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe encargó a un experto la preparación del presente estudio. Ofrecemos una condensación del texto castellano publicado en L'Osservatore Romano el 20/7/75

A lo largo de los siglos la Iglesia ha reprobado las diversas formas de superstición, la preocupación excesiva acerca de Satanás y de los demonios, los diferentes tipos de culto y apego morboso a estos espíritus; sería por eso injusto afirmar que el cristianismo ha hecho de Satanás el argumento preferido de su predicación, olvidándose del Señorío universal de Cristo y transformando la Buena Nueva del Señor Resucitado en un mensaje de terror. Ya San Juan Crisóstomo declaraba a los cristianos de Antioquía: *"No es para mí ningún placer hablarles del diablo, pero la doctrina que este tema me sugiere será para ustedes muy útil"* (De diabolo tentatore, Homil II, 1).

Efectivamente, sería un error funesto comportarse como si nada tuvieran que enseñarnos las lecciones de la historia y considerar que la Redención ha surtido ya todos

sus efectos sin que haga falta empeñarse en la lucha de la que nos hablan el Nuevo Testamento y los maestros de vida espiritual.

1. UN MALESTAR ACTUAL

En este error se puede caer hoy también. En efecto, son muchos los que se preguntan si no sería el caso de examinar de nuevo la doctrina católica sobre este punto, comenzando por la Escritura. Algunos creen imposible cualquier toma de posición -¡cómo si se pudiera dejar en suspenso este problema!- haciendo notar que los Libros Sagrados no permiten pronunciarse ni en favor ni en contra de la existencia de Satanás y de los demonios; con mayor frecuencia tal existencia es puesta abiertamente en duda. Ciertos críticos, creyendo poder distinguir la posición propia de Jesús, insinúan que ninguna de sus palabras garantizan la realidad del mundo

de los demonios, sino que la afirmación de la existencia de los mismos, cuando tal afirmación aparece, refleja más bien ideas de los escritos judaicos o depende de tradiciones neotestamentarias y no de Cristo; y dado que dicha afirmación no formaría parte del mensaje evangélico central, no comprometería hoy nuestra fe y seríamos libres de abandonarla. Otros, más objetivos y a la vez más radicales, aceptan las aserciones de la Sagrada Escritura en su sentido más obvio, pero añaden que en el mundo actual no son aceptables ni siquiera para los cristianos. Por esto, también ellos la eliminan. Para algunos, finalmente, la idea de Satanás, sea cual fuere su origen, no tiene ya importancia y el intento de justificarla no lograría sino hacer perder crédito a nuestras enseñanzas o hacer sombra al discurso acerca de Dios, que es el único que merece nuestro interés. Hay que notar que para unos y otros los nombres de Satanás y del demonio no son sino personificaciones míticas y funcionales, cuyo único significado es el de subrayar dramáticamente el influjo del mal y del pecado sobre la humanidad. Un simple lenguaje, por lo tanto, que nuestra época debería descifrar con el fin de encontrar una manera diversa de inculcar en los cristianos el deber de luchar contra todas las fuerzas del mal existente en el mundo.

Estas posiciones, repetidas con gran alarde de erudición y difundidas por revistas y ciertos diccionarios de teología, no pueden menos de turbar los ánimos.

Los fieles acostumbrados a tomar en serio las advertencias de Cristo y de los escritos apostólicos, tienen la impresión de que esta forma de hablar tiende a cambiar radicalmente en este punto, la opinión pública; además, quienes conocen las ciencias bíblicas y religiosas se preguntan hasta dónde podrá llevarnos el proceso de desmitificación emprendido en nombre de una cierta hermenéutica.

Frente a tales postulados y con el fin de dar una respuesta a los mismos, hemos de detenernos, brevemente, ante todo en el Nuevo Testamento, para poner de relieve su testimonio y autoridad.

2. EL NUEVO TESTAMENTO Y SU CONTEXTO

Antes de recordar la independencia de espíritu con la que Jesús se comportó en todo momento respecto a las opiniones de su tiempo, es importante notar que no todos sus contemporáneos tenían, a propósito de los ángeles y demonios, aquella creencia común que muchos parecen atribuirles hoy de la cual Jesús mismo dependería.

Una indicación, con la que los Hechos de los Apóstoles describen la polémica provocada entre los miembros del Sinedrín por una declaración de San Pablo, nos hace saber, en efecto, que los Saduceos no admitían contra la opinión de los fariseos, "ni resurrección, ni ángel, ni espíritu", es decir, según la interpretación dada por los

buenos exégetas, no creían en la resurrección y, por tanto, tampoco en los ángeles o demonios (Hch 23,8).

Así pues, en lo que se refiere a Satanás, a los demonios y los ángeles, la opinión de los contemporáneos de Jesús parece dividida en dos concepciones diametralmente opuestas. ¿Cómo puede entonces sostenerse que, al ejercer y dar a otros el poder de expulsar los demonios, Jesús y a ejemplo suyo los escritores del Nuevo Testamento- no han hecho otra cosa que adoptar, sin ningún esfuerzo crítico, las ideas y prácticas de su tiempo?. Ciertamente Cristo, y con mayor razón los Apóstoles, pertenecían a su época y condividían la cultura de la misma; pero Jesús, en virtud de su naturaleza divina y de la revelación que había venido a comunicar, transcendía a su ambiente y su tiempo, escapaba a su presión. La lectura del sermón de la montaña basta para convencernos de su libertad de espíritu, a la vez que de su respeto por la tradición (Mt 5, 17-20).

Por esto cuando él reveló el significado de su redención, tuvo evidentemente que tener en cuenta a los fariseos, los cuales, como Él mismo, creían en el mundo futuro, en el alma, en los espíritus, en la resurrección; y hasta no pudo olvidar a los saduceos que no admitían tales creencias. Así pues cuando los fariseos lo acusaron de expulsar los demonios con la ayuda del príncipe de los mismos, Él habría podido sortear la dificultad alineándose con los

saduceos; pero haciendo esto habría desmentido lo que era su misión. Por lo tanto, sin renegar la creencia en los espíritus y en la resurrección -que Él tenía en común con los fariseos- debía tomar distancia respecto de ellos, oponiéndose no menos a los saduceos.

Sostener, pues, hoy que lo dicho por Jesús sobre Satanás expresa solamente una doctrina tomada del ambiente y que no tiene importancia para la fe universal, aparece en seguida como una opinión basada en una información deficiente sobre la época y la personalidad del Maestro. Si Jesús ha usado este lenguaje, y sobre todo si lo ha puesto en práctica durante su ministerio, es porque expresaba una doctrina necesaria -al menos en parte- para la noción y la realidad de la salvación que Él traía.

3. EL TESTIMONIO PERSONAL DE JESÚS.

También las principales curaciones de posesos fueron hechas por Cristo en momentos que resultan decisivos en la narración de su ministerio. Sus exorcismos ponían y orientaban el problema de su misión y de su persona, como prueban suficientemente las reacciones suscitadas (Mt 8, 28-24; 12, 22-25).

Sin poner nunca a Satanás en el centro del Evangelio, Jesús habló de él sólo en momentos evidentemente cruciales y con declaraciones importantes. En primer lu-

gar inició su ministerio público aceptando ser tentado por el diablo en el desierto; la narración de Marcos, precisamente a causa de su sobriedad, es tan decisiva como la de Mateo y la de Lucas (Mc 1, 12-13). Puso en guardia a los suyos en el sermón de la montaña y en la oración que les enseñó, el Padrenuestro, como admiten muchos exégetas (Mt 5,37; 6,13). En las parábolas, Jesús atribuyó a Satanás los obstáculos que encontraba su predicación (Mt 13,19), como en el caso de la cizaña sembrada en el campo del padre de familia (Mt 13,39). A Simón Pedro anunció que "las puertas del infierno" intentarían prevalecer sobre la Iglesia (Mt 16,19), que Satanás trataría de pasarlo por la criba como a los demás apóstoles (Lc 22,31). En el momento de dejar el Cenáculo, Cristo declaró como inminente la venida del "príncipe de este mundo" (Jn 14,30). En Getsemaní, cuando fue arrestado por los soldados, afirmó que había llegado la hora del "poder de las tinieblas" (Lc 22,53): sin embargo, Él sabía, y lo había declarado en el Cenáculo, que *"el príncipe de este mundo ya había sido juzgado"* (Jn 16,11).

Estos hechos y estas declaraciones -bien encuadrados, repetidos y concordes- no son casuales ni pueden ser tratados como datos fabulosos que hay que desmitificar. En caso contrario habría que admitir que en aquellas horas críticas la conciencia de Jesús, cuya lucidez y dominio de sí mismo aparecen evidentes ante

los jueces, era presa de fantasmas ilusorios y que su palabra carecía de toda firmeza; lo cual estaría en contraste con la impresión de los primeros que la escucharon y de los lectores de los evangelios. Se impone, por tanto una conclusión: Satanás, a quien Jesús había afrontado con sus exorcismos, que había encontrado en el desierto y la pasión, no puede ser el simple producto de la capacidad humana de inventar fábulas o de personificar las ideas, ni tampoco un vestigio aberrante del lenguaje cultural primitivo. Es verdad que San Pablo, resumiendo en grandes líneas, en la Carta a los Romanos, la situación de la humanidad antes de Cristo, personifica el pecado y la muerte, mostrando su temible poder; pero se trata, en el conjunto de su doctrina, de un momento que no es el efecto de un puro recurso literario, sino de su aguda conciencia de la importancia de la cruz de Jesús y de la necesidad de la opción de fe que El pide.

CONCLUSIÓN

En una palabra, la actitud de la Iglesia en todo lo referente a la demonología es clara y firme. Es verdad que a lo largo de los siglos la existencia de Satanás y de los demonios nunca ha sido hecha objeto de una afirmación explícita de su magisterio. La razón está en que la cuestión no se planteó jamás en estos términos: tanto los herejes como los fieles fundándose en

la Sagrada Escritura, estaban de acuerdo en reconocer su existencia y sus principales perversidades. Por eso hoy, cuando se pone en duda la realidad demoníaca, es necesario hacer referencia -como hemos recordado hace poco- a la fe constante y universal de la Iglesia y a su fuente más grande: la enseñanza de Cristo. En efecto, la existencia del mundo demoníaco se revela como **un dato dogmático en la doctrina del Evangelio** y en el corazón de la fe vivida. El malestar contemporáneo que hemos denunciado al principio no pone pues en discusión un elemento secundario del pensamiento cristiano, sino que compromete la fe constante de la Iglesia, su modo de concebir la Redención y al punto de partida, la conciencia misma de Jesús. Por eso repetimos que, al subrayar también hoy la existencia de la realidad demoníaca, la Iglesia no se propone ni retroceder a las especulaciones dualísticas y maniqueas de otros tiempos, ni proponer un sustituto aceptable para la razón. Sólo quiere siendo fiel al Evangelio y a sus exigencias. Está claro que jamás ha permitido al hombre descargarse de su responsabilidad atribuyendo las propias culpas a los demonios. La Iglesia no dudaba en lanzarse contra una escapatoria semejante cuando se manifestaba, diciendo con San Juan Crisóstomo: *"No es el diablo sino el descuido propio de los hombres el que causa todas sus caídas y todos los males de los que se lamentan"*.

Es cierto que la realidad demoníaca testificada concretamente por aquello que llamamos el misterio del Mal, permanece todavía hoy como un enigma que envuelve la vida cristiana. Nosotros no sabemos mucho mejor que los Apóstoles por qué el Señor lo permite, ni cómo lo usa para sus designios; pero podría suceder que, en nuestra sociedad, prendada por el horizontalismo secular, las explosiones inesperadas de este misterio ofrezcan un sentido menos refractario a la comprensión. Estas obligan al hombre a mirar aún más lejos, más alto, más allá de las evidencias inmediatas; a través de las amenazas y de la prepotencia del mal, que impiden nuestro caminar, nos permiten discernir la existencia de un más allá que hay que descifrar, y volvernos hacia Cristo para escuchar de El la Buena Nueva de la salvación ofrecida como gracia.

Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

Distribución

Editorial de la Palabra de Dios
e-mail: editorial@cristovive.org.ar
Tel: 011 - 4931-8388
www.cristovive.org.ar

Otros Números:
[Poniendo en común](#)